

Una ética en Gottfried Wilhelm Leibniz

María Isabel Ackerley

Investigadora CONICET – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

*“Esta es la historia de este mundo el cual estamos visitando (...).
Coloque sus dedos en cualquier línea que desee (...)
y verá representada actualmente en todo los detalles aquello
que la línea límite indica. Él obedeció y (...) ¡Vio otro mundo!..”*

G. W. Leibniz, “*Essais de Théodicée*”.

Dentro de la temática actual en el campo de la filosofía, nos avocamos a la ética, dado que consideramos que esta palabra deja entrever en si misma el motivo que nos congrega como seres humanos. Sin ética es imposible elaborar un proyecto humano como también pensar en un futuro. La ética a desarrollar se deduce de la filosofía de Leibniz: un sistema donde *el principio del mejor*, “que denomino maximal”, contiene en sí a la complejidad a través del libre albedrío, permitiendo de este modo *el mejor de los mundos posibles*.

Dentro de esta propuesta, interpretamos la Monadología de Leibniz como otra concepción de la realidad. Donde encontramos resistencias al poder único y a cualquier orden que no tome en cuenta a la mayoría y a las singularidades. De hecho, observamos como la *ética de lo maximal* y el pensamiento leibniziano son una filosofía de lo singular, del trazo fino, del detalle.

El alcance general de la exposición es que la ética en su definición de **singular-universal**, es decir, de que cada ser humano conforma y es el universo que asimismo lo conforma, es una necesidad inexcusable ante la arbitrariedad de los acontecimientos que se suceden. En este sentido, en la alteridad está situada la diversidad que promete ser la incubadora de la posibilidad de más vida y de un mundo donde un proyecto humano sea posible. Por esto le damos un lugar esencial a la teoría de la complejidad, la cual revela que los sistemas complejos son aquellos en que múltiples variables conviven e

interactúan de diversas formas presentándose el curioso y asombroso fenómeno de la auto-organización. Dicho fenómeno responde a un sistema complejo y consiste en que estas múltiples variables –seres humanos- se organizan espontáneamente en una dirección común con beneficios intrínsecos al proceso en sí.

En consecuencia el sistema necesita la alteridad para ser armonioso, para enriquecerse en la diversidad y para que continúe existiendo mundo.

Occidente no tiene más un eje metafísico, filosófico y espiritual que le sirva de sustento. Verdad, Evolución, Progreso, Solidaridad, Porvenir, Libertad, Fraternidad, Igualdad, son sólo nombres, enunciados y convenciones desprovistos de la carga y del sentido que la metafísica de la modernidad les había otorgado. De este modo nos enfrentamos a la imposibilidad de encontrar una solución para el vacío político y ético.

En esta exposición no calificamos de arcaico un pensamiento optimista, al contrario, lo que sostendremos es que otro mundo es posible. Esta afirmación no se presenta sólo desde una ilusión personal, esta profunda convicción es servida de una perspectiva multidisciplinaria.

LA ÉTICA DE LO MAXIMAL

“¿Cómo es posible creer todavía en la Razón, sabiendo que existió Auschwitz?”

El determinismo de Leibniz es de carácter riguroso. No hay salida. Nuestro futuro está escrito en una verdad eterna, en ella está registrado cada suspiro por toda la eternidad. En esta representación infinitesimal del mundo todo tiene su lugar en la serie que compone al sujeto. Leibniz lleva al extremo la representación clásica, tan rigurosa es su clasificación ordenada que linda con lo absurdo. Todo está ínter-ligado como en una red, donde un pequeño cambio en un nodo, produce un cambio en toda la red. Como dice Deleuze, *“Leibniz es el filósofo del Orden, tan estricto que es policial”*;

pero por otro lado, el conjunto se organiza en una topología, donde la situación es la clave y no el nexo lineal.

El orden estricto es absurdo y sin sentido. Es aquí donde se produce la paradoja, que nos conduce a la risa sarcástica de Foucault leyendo a Borges con su clasificación completamente arbitraria. En el punto de máxima comprensión de la monadología, imaginemos la risa de Foucault leyendo ahora a Leibniz. La monadología marca el fin de un pensamiento y el comienzo de otro; es el punto de la complejidad; es donde se toca el absurdo de la clasificación borgeana, sin ningún orden, con el absurdo de la clasificación infinitesimal de Leibniz. Una clasificación llevada a esos extremos es paradójica, es en ese punto donde Leibniz entra en conflicto consigo mismo e introduce el libre albedrío. Leibniz intenta recuperar la libertad del individuo.

Curiosa paradoja: ¿Cómo puede ser preestablecida la serie si hay libertad? Tal vez, la que sea preestablecida es la libertad, de manera que la serie siempre sea actual.

Haciendo uso de esa libertad nos gustaría introducirnos en la paradoja. Hacer ficción es imaginar lo inexistente, pensar lo nuevo para construir lo desconocido. Pues la propia realidad constituye una ficción que, a veces resulta obsoleta. Los códigos no sirven más para la adaptación de la especie humana, sino para su aniquilación. Se torna inminente encontrar otra forma de interpretar la realidad.

El libre albedrío aparece para garantizar la diversidad, al mismo tiempo que la diversidad garantiza el libre albedrío. En otras palabras, el libre albedrío para garantizarse precisa garantizar la mayor cantidad de posibles, lo maximal, la complejidad. Según la frase de Ruelle:

“Lo que permite que nuestro libre albedrío sea una noción llena de sentido es la complejidad del universo, o mas precisamente, nuestra propia complejidad”¹.

Podemos agregar que si queremos continuar teniendo el derecho a la elección, y utilizando nuestro libre albedrío, debemos elegir la complejidad como camino.

¹ David Ruelle, “*Chance and Chaos*”, Pág. 30-31. Ed. Princeton University Press, 1991. Traducción de la autora.

Recordemos que el universo está contenido en cada mónada. El universo y cada uno, constituyen una unidad que se torna fractal; una estructura compleja, donde todo se presenta simultáneamente al límite del caos; una entidad que se auto-organiza en un punto de vista único, donde lo global y lo local se superponen.

Y ¿cuándo el punto de vista coincide con el mejor de los mundos posibles? Cuando integra al *otro* y a sí mismo en su acción. Para Leibniz cada elección individual produce una transformación del universo. Así, la acción de una mónada conlleva consecuencias para sí misma, para todas en su individualidad y para el universo como útero que nos envuelve.

En “*Profesión de fe de un filósofo*”, Leibniz demuestra como la armonía significa amar al universo y deleitarse, *la semejanza en la variedad*, o bien, *la diversidad compensada por la identidad*. De este modo, nada es agradable al espíritu fuera de la armonía, y como la naturaleza del espíritu es pensar, la armonía del espíritu es pensar la armonía. Y la máxima armonía o felicidad del espíritu consistirá en la concentración de la armonía universal, es decir, del *otro* en el espíritu.

Así, podemos concluir que el libre albedrío lleva a un principio rector: el de encontrar la armonía. Recordemos que la armonía no tiene un centro; sino que es la convivencia proporcional de la mayor cantidad posible de diferencias.

Aquí es interesante pensar la comunicación a partir de Leibniz: la comunicación es interna, la relación con el *otro* es intra-sustancial. Recordemos que en la complejidad todo está en el mismo punto: el ser social y el individual; es la relación lo que importa, sin el predominio de uno sobre otro.

En la monadología la ética se consolida en la aceptación de la responsabilidad individual por el universo, el *otro*, y por sí mismo.

“Todas (las mónadas) van confusamente al infinito, al todo; pero están limitadas y distinguidas por los grados de las percepciones distintas.”²

A través de las percepciones internas, mediante el análisis y la reflexión, se consolida el punto de vista que la mónada manifiesta, la cual puede ser de carácter maximal si contribuye con el mejor de los mundos.

Pasamos milenios persiguiendo un oasis que no existe; alguien inventó un centro, órdenes, leyes, una clasificación jerárquica. Pero ese orden no es el único. En la complejidad se puede elegir cualquier orden. ¿Quién determina el mejor de los mundos posibles para cada mónada-humana? ¿Quién determina qué pensar, qué hacer, qué decir? En definitiva, ¿quién construye el sistema de pensamiento que modela nuestro paso por el mundo?

En el siglo XVII Leibniz no tenía opción: debía sostener la ilusión de que la armonía preestablecida estaba fundada en Dios; pero ahora no tenemos tiempo ni confianza en este tipo de ilusiones. La ética que precisamos para salir de esta encrucijada de fascismo de la que somos prisioneros, demanda más realismo y responsabilidad. Los velos cayeron y no hay nada sustancial que ofrezca adoración o respeto.

Y aquí debemos retomar la noción de **mejor** intentando demostrar como contiene implícita la idea de complejidad.

Recordando a Leibniz, son dos las nociones fundamentales presentes en la idea de mejor: variedad y simplicidad, dado que para Leibniz, la simplicidad hace a la variedad. Así, el mundo mejor es el maximal, el que contiene la mayor cantidad de posibilidades, los más ricos fenómenos, el mayor número de realidades existentes, aquel con más esencia. Y por lo tanto, sería también el de mayor regularidad y armonía. Y para Leibniz, la mayor cantidad de esencia genera la mayor cantidad de acción, donde “el mejor de los mundos” es aquel que realiza la mayor cantidad de

² Leibniz, “*Monadología*”. Nota 60.

manifestaciones posibles de una mónada. Podríamos entonces decir, que el mejor es el más complejo.

Profundizando la noción de complejidad podemos intuitivamente intentar definirla a partir de la relación variedad/simplicidad. Teniendo en cuenta esto, haremos uso de diferentes ejemplos, en los cuales, primero se analizan los elementos extremos.

Imaginemos los colores, el pintor, la tela, la paleta y las mezclas. En un extremo, tenemos el orden en la paleta del pintor, en la cual las pinturas y sus colores se encuentran separadas. En el otro extremo, la mancha amorfa, caótica de todos los colores disueltos y mezclados. En algún punto de esta tensión, encontramos la obra del artista.

Imaginemos el sonido: de un lado está el orden de la escala musical, sin variaciones, eternamente repetidas; del otro lado, el ruido del barullo caótico, sin referencia. En algún punto de esta tensión, la armonía, la variedad, y la posibilidad de diferenciar.

Imaginemos: el alfabeto y las letras escogidas al azar, y, en otro lugar, la poesía.

Observemos también el sistema planetario; en un extremo, el frío de plutón, las perfecciones del orden del cristal congelado; en el otro, la materia fundida en el caos activo del sol; y en esa tensión, un lugar donde florece la variedad.

En otras palabras, si Leibniz quiere preservar el libre albedrío diferenciando verdades en necesarias y contingentes, **necesariamente** precisa aceptar la posibilidad de otros mundos, y así, la noción de infinitos mundos posibles hace su aparición. Y como para Leibniz siempre es necesaria una razón, debería existir algún criterio por el cual el mundo en que vivimos existe y no otro. Como Leibniz vivía en los tiempos de lo absoluto, dios revestido de perfección, no podría haber dejado de aparecer como causa o razón de la existencia. Delante de este Leibniz teólogo, el Leibniz racionalista se hace presente; y entonces el principio de razón suficiente también lo debe aplicar a

dios, quien debe tener una razón para elegir el mundo actual. Y dado que él es un ser perfecto no puede dejar de elegir el mundo más perfecto: el mejor.

Los mundos son las diferentes realidades que tienen la potencia de ser. Los acontecimientos van formando al mundo. Así, dios elige el mundo en el cual, la mayor cantidad de fenómenos pueden ser composibles. Para que las posibilidades se multipliquen al máximo, es necesario el libre albedrío. Es decir, el libre albedrío es puesto en el mundo para garantizar al máximo los posibles. Y tal vez, el mundo donde se originen mayor cantidad de posibles, sea un mundo que no puede estar determinado desde el inicio. Podemos suponer que dios percibe que si es necesario más y más posibles, no puede determinar todo; que tiene que dejar las cosas libres, que tiene que permitir acciones que él no elija.

El mejor es aquel más rico en consecuencias. ¡Que paradójico! es el que no está finalmente determinado por dios, quien percibiéndolo deja todo en manos de la libre acción. **A pesar de todo, un principio se mantiene: si se mueve una cuerda aquí, hay repercusiones en toda la red. Entonces, tenemos una responsabilidad: en moverla de manera que todo se enriquezca. Y ahí, el ser humano se encuentra con la mirada de dios, al actuar permitiendo que los posibles crezcan.**

Bibliografía

Ackerley, María Isabel. *La ética de lo maximal*. Buenos Aires: Ed. Vergara, 2005.

Borges, Jorge Luís. Obras Completas. Tomo III. *Los conjurados. Los conjurados*. Buenos Aires: Ed. Emecé editores; 1989.

Deleuze, Gilles. *Negotiation. Control and Becoming*. Cap. *On Leibniz*. New York: Columbia University press; 1995.

Leibniz, G.W. *Monadología*. Buenos Aires: Hyspamerica Ediciones; 1983.

_____. *Profesión de fe del filósofo*. Buenos Aires: Hyspamerica Ediciones; 1983.

_____. *Discurso de Metafísica*. Buenos Aires: Ed. Hyspamerica; 1983.

_____. *Essais de Théodicée*. Paris: G F Flammarion; 1969.

_____. *Opúsculos filosóficos. Nuevo sistema de la naturaleza y de la comunicación de las substancias, como asimismo de la unión que existe entre el alma y el cuerpo*. Barcelona: Calpe; 1919

_____. *Discusión metafísica sobre el principio de individuación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México; 1986.

Ruelle, David. “*Chance and Chaos*”, Pág. 30-31. Ed. Princeton University Press; 1991.